

maravilloso es que toda respuesta incluye la pregunta sucesiva (¿por qué un judío responde a una pregunta con otra pregunta?, le preguntaban a un viejo sabio. A lo que respondió: ¿por qué no? O aquella historia del rabino de Praga que cuando veía a un hombre cabizbajo o meditabundo, se acercaba y le decía: «Yo tengo la respuesta. ¿Pero usted tiene la pregunta?»), porque «decir sí y no al mismo tiempo es la función suprema del arte» escribió ese otro judío extraordinario que es George Steiner. Borges, ese maestro de la paradoja, ese protagonista múltiple de sus laberínticos juegos de ajedrez, esa certeza hecha cuerpo de la súbita realidad de lo imaginario, Borges, digo, sabía de esa infinita dialéctica moral que había gestado el judaísmo.

En su cuento «Deutsches Requiem», otra historia del tiempo del Holocausto, Borges reitera su filiación de *weisser Jude*. Otra vez el judío y el nazi se enfrentan a través de sus específicas armaduras: otra vez el intelecto contra la trágica rotundez de la bala asesina. Uno de sus personajes es Otto Dietrich zur Linde, subcomandante de un campo de concentración nazi. El otro es David Jerusalem, «insigne» poeta judío alemán, metáfora carnal de los representantes del «arte degenerado». Zur Linde representa el horror del escalofrío frente al estremecimiento del endecasílabo, David representa la civilización occidental que nació en Jerusalem, ese obstáculo bochornoso que impide la gestación del Hombre Nuevo («Yo esperaba la guerra inexorable que probaría nuestra fe», dice en cierto momento el comandante nazi). Zur Linde intenta comprender a David: «Pobre de bienes de este mundo, perseguido, negado, vituperado, había consagrado su genio a cantar la felicidad. Creo recordar que Albert Soergel en la obra *Dichtung der Zeit* lo equipara con Whitman. La comparación no es feliz; Whitman celebra el universo de un modo previo, general, casi indiferente; Jerusalem se alegra de cada cosa con minucioso amor», para agregar: «Fui severo con él; no permití que me ablandaran ni la compasión ni su gloria. Yo había comprendido hace muchos años que no hay cosa en el mundo que no sea germen de un Infierno posible». Y señala luego lo definitivo: «Ignoro si Jerusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma». ¿Qué espacio anímico, qué ciudadela del alma, poseen en común zur Linde y Jerusalem? El mundo del intelecto, de la dialéctica moral, de la fuerza imaginativa, todo asociado a lo judío. Jerusalem puede ser Heinrich Heine, Moses Mendelssohn, Martín Buber, Franz Kafka. Pero también un *weisser Jude*. Jerusalem se suicida después de haber sido torturado en el campo de concentración. «Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros que ya somos su víctima», finaliza diciendo zur Linde.

Es su siempre sorprendente y siempre conjeturable narración de «La muerte y la brújula», Borges vuelve a señalar que «como lo indican los nombres, se trata de un cuento judío». Sería largo desarrollar las múltiples geometrías que permiten diagnosticar con tal precisión, pero se trata, indudablemente, de un «cuento judío». Otra vez el intelecto es llevado al máximo de su expresión posible y Cábala y spinocismo se

reparten las virtudes literarias y metafísicas del relato. El personaje de este cuento, Erik Lönnrot, es un detective que tiene la misión de esclarecer tres asesinatos ocurridos en Buenos Aires, en una ciudad fantasmagórica, irreal, neblinosa. Lönnrot es lo que los nazis habrían llamado un *weisser Jude*, un intelectual sin miedo, porque sabe apreciar los textos rabínicos y cabalísticos e instrumentarlos en su misión. Por el contrario, su colega, el inspector Franz Treviranus —de nombre germánico— odia la intelectualidad y la literatura judías. El texto nos hace saber en repetidas oportunidades que es a través de la razón minuciosa que lo misterioso puede transformarse en inteligible; que hay un universo simétrico donde suceden hechos simétricos; que las cosas dispares son meras figuraciones de una sola cosa infinita; que se puede soñar «un claro laberinto»; que Baruj Spinoza —«libre de la metáfora y del mito/Labra un arduo cristal: el infinito»— es el protagonista real de esta aventura. Lönnrot lo explica cuando se jacta de ser «un puro razonador» que puede llegar a revelar el misterio a través del hilado abstracto de la inferencia, ignorando «las meras circunstancias». El diálogo entre Treviranus (que sugiere que el homicidio del doctor Marcelo Yarmolinsky, delegado al Tercer Congreso Talmúdico, habitado de una antigua resignación que le ha permitido «tolerar tres mil años de opresión y de pogroms», puede haber sido un simple error de un ladrón de zafiros) y Lönnrot (que refuta tal hipótesis apresurada por encontrarla desasistida de rigor y en la que interviene «copiosamente» el azar) es notable. Para el «spinocista» detective, la muerte de un rabino sólo puede entenderse con razonamientos «puramente rabínicos», con lógica talmúdica, «no con los imaginarios percances de un imaginario ladrón». No es el momento, repito, de profundizar en este increíble cuento, pero quiero sumar una cosa más: Lönnrot busca a Dios tanto como lo buscaba Spinoza, si es que Dios puede ser representado por el conocimiento absoluto, por el entendimiento total del universo desde la perspectiva de la eternidad. En cada uno de los asesinatos surge un indicio que parece relacionarlos con una secta judía que busca el Nombre de Dios. Cuando Lönnrot encuentra a Dios (bajo el «disfraz» del gángster Red Scharlach, de antecedentes judíos) descubre que ese «dios» está habitado por la omnipotencia y la eternidad, porque conoce detalles ocultos de los asesinatos y de la pesquisa policial que sólo podría conocer quien todo lo viese y todo lo controlara. Será justamente Scharlach quien disparará «cuidadosamente» su revólver sobre el cuerpo de Lönnrot. Lo medular en el desarrollo borgiano de este cuento es que Lönnrot no llega al significado ni al conocimiento ni a la felicidad: por el contrario, esa terca lógica químicamente pura lo lleva a tener que enfrentar el error y la muerte y ese tránsito geométrico por una *razón divina* (como la habría llamado Mendelssohn) no le otorga más que un laberíntico descalabro, porque no es para los hombres saber el Nombre Absoluto, porque no hay brújula que nos guíe en medio de la inhóspita realidad que nos rodea. Spinoza no es Dios sino quien, admirándolo, lo desafía. El judío tiene ese coraje y esa dialéctica moral. Borges admira esa vocación de desafío, ese obcecado delirio lúcido que es buscar el Nombre de Dios sabiendo que no le está dado a los mortales conocerlo.

Por esto y mucho más, Borges, el judío blanco, es uno de sus rostros posibles. Otros, seguramente, se encargarán de prouariar —confirmando esta posibilidad— sus versos a Baruj Spinoza, a Cansinos-Asséns, al Estado de Israel, al Golem, sus fervorosos tránsitos por la Cábala, sus reflexiones compartidas con Franz Kafka, las insistentes sospechas sefarditas de su segundo apellido (Acevedo), las puntuales y apretadas emanaciones de la Cifra, su mano tendida a Maurice Abramowitz, a Alberto Gerchunoff, a León Dujovne. Y, más allá y más cerca de su inagotable venero judío, esa nostalgia de dulzura insidiosa que viste Jerusalem con la lengua del Paraíso.

Es cierto, los senderos se bifurcan, pero llevan al mismo lugar: a la divinidad de la Historia, a la ejemplar tozudez de un pueblo milenario, al poema incesante, al Nombre impronunciable, a la Palabra —«más duradera que los árboles y los metales»— que ilumina «el asiático desorden del mundo». Más allá aún —más cerca todavía— al Dios Creador que nos exige dar testimonio inalienable de nuestra contingente y memoriosa presencia.

Porque es ella, la memoria, quien nos impide caer en brazos de lo fortuito. Porque desechar lo fortuito es otra de las lecciones de este judío blanco. En algún anaquele de dos triángulos invertidos está el libro que cifra, él solo, el compendio perfecto de todos los demás. En algún cuerpo, en algún instante, en ella esencial, está nuestra más acariciada y temblorosa justificación, pilar definitivo del santuario que nos hace trascendentes. En alguna calle de Buenos Aires, de Jerusalem o de Madrid está ese mañana eterno que los hombres necesitan para erguirse en medio del miedo y la desolación. Todo este arduo aprendizaje —no sólo los nombres y las palabras sino las letras sagradas— se lo debo a él, a ese bibliotecario de Babel que solía caminar diariamente por la calle Maipú. Cuando más pedestremente gratuitos nos sentimos, aquel libro, aquella mujer o aquella calle nos devuelven el significado último de nuestra intemperie: el coraje de sobrevivir, pese a todo.

Maestro Jorge Luis Borges, *weisser Jude*, cristiano ejemplar, desde este universo que es ilusión (o quizás más precisamente, sofisma), y desde esta torpe intensidad que es sentirnos «muerte que anda luciendo», le saludo con uno de aquellos ademanes que le gustaría volver a oír en toda su música: ¡*Shalom!*

**Arnoldo Liberman**

